

Quizá en el primer ímpetu salió realmente ó hizo correrías, á la manera de los beduinos, contra los países mas abundantes, como eran entonces la Etiopia, el Asia anterior hasta Babilonia, y parte de la Tracia, y por mar contra la Arabia Feliz y las vecinas costas, probablemente hasta la Península India. Las operaciones que ejecutó en lo interior del país, muestran cuán despóticamente reinó. Es además probable que en su tiempo se principiase los mayores monumentos del Egipto; pero edificios de aquella magnitud no se acaban con los sudores de una generación sola. Púedese creer también que entonces se organizase mas completamente la división de las castas; porque en verdad, la de los navegantes no podía florecer antes de que abundasen los canales, ni la de los guerreros antes de que el país estuviera unido bajo el cetro de uno solo.

Se creen transmitidas á la posteridad las empresas de Sesóstris en monumentos del Asia Menor, indicados por Herodoto, y encontrados por los modernos: y las cuales están cantadas en un poema histórico, principalmente la victoria alcanzada sobre los Esquetos (Escitas?), venciendo á los cuales, pudo hacer libre el aliento de los Licios y de los Jomios (1).

Belzoni descubrió en Allor, en la Nubia, un templo dedicado á Isis por la mujer de Ramesces, y ántes penetró en el de Ibsambul, donde halló sentados sobre la fachada cuatro colosos, cada uno de sesenta piés de altura, y que sin duda representaban á este monarca, cuyas victorias están recordadas en los bajos relieves de que está cubierto todo el monumento. Diez y seis salas con pinturas sobre asuntos religiosos conducen á un santuario, en cuyo fondo hay otras cuatro estatuas mayores que el natural, lo cual induce á suponer que allí está la tumba de Sesóstris.

Posterior y sucesor suyo fué su hijo Ramesces, llamado también Feron (2), que reinó mucho tiempo en paz, y cuyo nombre se lee en el templo de Karnac y en otras partes. Aquí, despues hay una laguna confesada también por Herodoto, y aparecen Amasis, el etiope Actisano y Mandes ó Manes; desde aquí y durante el tiempo de cinco generaciones todo fué anarquía, hasta que en la época de la guerra troyana dominaron Proteo; despues su hijo Ramses; luego siete sucesiones de reyes, entre los cuales se distinguieron Nilo, Cheops, Chefren y Micerino, fundadores de las grandes pirámides; Bócoris ó Asíquis, que dictó leyes, y finalmente el ciego Anísis, que arrojado del trono por el etiope Sabacon, volvió á ocuparlo al cabo. Tan frecuentes visitas de los Etopes debieron tener por causa las intestinas disensiones, probablemente entre la casta de los guerreros y la de los sacerdotes, que intentaban recuperar la perdida superioridad con las armas extranjeras. Y en efecto,

(1) Se halla en Aix, donde Champollion pretende haberlo leído.

(2) Respecto de la incertísima cronología egipcia discurrirémos en el tomo de Cronología.

cuando la raza etiópica adquirió el dominio, lo confió á la casta sacerdotal, representada por Setos, sacerdote de Vulcano.

Deben aceptarse estas historias como acepta el naturalista los fósiles desparramados acá y allá, porque le confirman las revoluciones del globo, sin que puedan determinarle el tiempo en que ocurrieron. Frecuentemente no son mas que simbólicos jeroglíficos; y al decir Herodoto que reinó Anísis el Ciego, indica quizá alegóricamente lo que Diodoro expresa de un modo mas prosaico, consignando el vacío que se encuentra en la tradición de aquella época. Si pensamos que Busiris, quiere decir tumba de Osiris, al leer que Busiris II fundó á Tébas, nos inclinamos á interpretar que los Faraones, fundadores de esta ciudad, reposan en la tumba de Osiris, ó acaso que la arquitectura á cielo descubierto sucediera á las excavaciones subterráneas. El transformador Proteo es símbolo de la edad antigua que concluye abriendo una nueva, como Júpiter que sucede á Saturno, y como Hércules que ayuda á Atlante á sostener el mundo.

Bástenos, pues, deducir por conclusion que los tiempos mas florecientes del Egipto fueron desde 1500 á 800, y que al terminar estos, Sabacon, procedente de la Etiopia ó de Meroe, sojuzgó el país, turbando así la prolongada paz, á cuyo favor pudo elevarse á prosperidad tan grande. Probable es que los sacerdotes, si primeramente se valieron de las armas extranjeras, reanimáran despues el ardor nacional, hasta el punto de llegar á la expulsion de los extranjeros, creyendo tanto su poder, que Setos, sacerdote de Fta, se enseñoreó del trono. Dióselo á pesar suyo la casta guerrera, vilipendiada por él, por cuya razon se exacerbó tanto las discordias, que aprovechándose de ellas Senaquerib, rey de Asiria, pudo dirigirse contra los Egipcios. Aterrados estos, se coligaron con los Hebreos, y pidieron auxilio á Taraco, rey de Etiopia; pero es probable que hubiera acabado allí su independencia, si el ejército de Senaquerib no hubiese sido exterminado bajo los muros de Jerusalem, por el ángel de Dios, como dijeron los Hebreos (1); por los ratones que royeron las cuerdas de los arcos, segun dice Herodoto; por una epidemia, como algunos pensaron, ó por el viento del desierto, como otros creyeron. El hecho es que por uno ú otro motivo se vió obligado el rey á volverse á Ninive.

Con tan varios sucesos se relajaron los vínculos nacionales, renaciendo la antigua división del Egipto en doce Estados, y como ocurre generalmente, llegaron estos á tal extremo en sus disensiones, que Psamético, jefe del nomo ó provincia de Sais, fué lanzado del poder. Habiendo tomado este á su servicio tropas de Griegos, Carios y Fenicios, con su ayuda no solo volvió á su Estado, sino que sometió á sus émulos y reunió en sus manos la dividida autoridad,

(1) IV Reg. XVIII.

636.

trasladando la sede de los Faraones á Sais. Se debió, pues, la restauración á los extranjeros; y aliado el Egipto con Griegos y Asiáticos, principió á experimentar las influencias exteriores, hasta que llegó de Persia Cambises á conquistarlo.

CAPÍTULO XX

Instituciones egipcias.

Esa tierra de Egipto, tan llena de antigüedades y de gloria, subsiste como un jeroglífico del mundo antiguo: y apenas quedan de sus pasadas grandezas mas que ruinas, catacumbas cegadas, canales obstruidos, esqueletos de ciudades y templos, obeliscos entregados al furor del tiempo y á la avidez de los pueblos bárbaros y civilizados; arcanos de la muerte violados por la ciencia; pirámides que en medio de los arenales aun levantan sus crestas mutiladas mas alto que ningun edificio humano, hasta tanto que las arenas del desierto vengán á enterrar esos testimonios de la magnificencia antigua. Aquellos montes de piedras labradas; aquellas inmensas figuras de animales y de hombres; aquellos palacios de gigantes, erigidos al descubierto, ó edificadas debajo de tierra; aquellas páginas de historia escritas para la eternidad en caracteres misteriosos, detienen al hombre y lo inducen á preguntar de dónde vino este pueblo extraordinario; de dónde proceden sus artes; cuáles fueron las creaciones debidas á la íntima inteligencia y al profundo amor de la ciencia que le eran característicos; de dónde, en fin, tomó su estabilidad política.

Castas. Hablando en otro lugar de las castas, suponemos que tuvieron origen en los diversos pueblos que venían á habitar un país, en el que uno preponderaba sobre el otro, continuando cada uno en la ocupación á que se habia dedicado. Del mismo modo creemos formado al Egipto de fragmentos de varios pueblos, y por eso, sin duda, quedó dividido en castas de sacerdotes, de guerreros, de labradores y negociantes. Contamos también los porqueros y los pastores como casta distinta y odiada, y los intérpretes introducidos por Psamético cuando montaba la administración del país á la griega; pero aquellos debían pertenecer á los labradores, estos á los sacerdotes y negociantes, y el resto del pueblo era esclavo.

Sacerdotes. Los sacerdotes pretendían haber recibido de Isis la tercera parte del territorio: ellos eran los depositarios de la ciencia, y por consiguiente de los empleos y del poder, siendo al mismo tiempo los moderadores ó el contrapeso de la régia autoridad. Cada uno de ellos estaba destinado á un templo; era indeterminado su número, y se hallaban constituidos en una jerarquía con un pontífice también hereditario (1). Llevaban enteramente afeitada la cabeza, trajes

(1) Para subir á lo mas encumbrado, se casó José con la hija del pontífice de Heliópolis.

de lino de deslumbrante blancura, y calzado de papiro; debían lavarse dos veces al día y otras tantas por la noche: eran muy rigurosos en los alimentos; se abstenerían por completo de habas, de legumbres, de carne grasa y de pescado, y bebían con cierta medida el vino, que á ellos y al rey estaba reservado. No pagaban tributo por sus tierras; pero exigían el diezmo sobre las demas. El sumo sacerdote era el primer magistrado despues del rey: los otros hacían las veces de jueces ó de médicos, aplicándose cada uno á la cura de un solo género de enfermedad. Constituían, pues, un cuerpo político y docto á la vez, que tenía sus principales colegios en Tébas, Méfis, Heliópolis y Sais.

Da una idea de su jerarquía un excelente pasaje de Clemente Alejandrino, que describe así la procesion de Isis: « Va delante el cantor con un símbolo de la música y con dos libros de Hermes, que contienen el uno himnos á Dios, y el otro reglas de conducta para el rey. Sigue el horóscopo con el cuadrante y el ramo de palmera, emblema de la astrología, y siempre debe llevar delante los cuatro libros de Hermes relativos á los astros. Marcha á continuación el sagrado escriba, con plumas en la cabeza, un libro y una regla en la mano, y con la tinta y la caña de escribir; y este debe saber la jeroglífica, la cosmografía, la geografía, el camino del sol, de la luna y de los cinco planetas, la corografía del Egipto y del Nilo, y todo el aparato de ceremonias, la medida y la índole de cuanto sirve para los sacrificios. Detras va el estolista, llevando el cubo de justicia y la copa para las libaciones, y ha de estar instruido en lo que concierne á la educación y al arte de preparar las víctimas. El último viene el profeta, sosteniendo entre los pliegues del traje la urna sagrada, descubierta á la vista de todos, y seguido de los que conducen los panes. El profeta, presidente del templo, debe aprender los diez libros sacerdotales propiamente dichos, y vigilar la distribución de las rentas: los seis libros de Hermes, hasta completar el número de cuarenta y dos, que tratan del arte de curar, se dejan á los pastóforos, último grado sacerdotal (1). »

Los sacerdotes padecieron mucho en las sucesivas revoluciones, y en tiempo de los Tolomeos estaban obligados á pagar un tributo al rey por la iniciación, y á verificar cada año un viaje á Alejandría, llegando en fin á verse reducidos á custodiar los archivos. No obstante, subsistieron siempre, y quizá son reliquia de ellos los cofres, ligados todavía hoy en casta, y que sirven de escribanos (2).

La segunda aristocracia eran los guerreros, distribuidos en campamentos contra los nómadas, en Elefantina contra los Etopes, en Dafne contra los Árabes, ó en Marca contra los Libios. Poseía cada uno doce acres de tierra, libres de

(1) STROMAT. VI. 4.

(2) En Pritchard se halla una buena comparación de la casta sacerdotal egipcia con la india y con la hebrea.

Guerreros.

tributo, y se dividían en Celesirios y Eremotibios, contándose de los primeros hasta doscientos cincuenta mil, y ciento sesenta mil de los otros; el servicio cerca del rey lo hacían mil al año, y recibían sueldo y raciones.

Como los muchos canales de que estaba cubierto el Egipto impedían que un ejército pudiera desplegarse en toda su extensión, se organizaban en cuadros de diez mil hombres, de manera que cada cual pudiera gobernarse por sí mismo (1). Unas veces el estorbo de los carros, y otras las supersticiones, ocasionaron derrotas; pero los monumentos desmintieron la nota de cobardes dada á los Egipcios, que con tanta frecuencia se lanzaron hasta lejanas conquistas, y mostraron cuán bien conocían las evoluciones navales (2).

Entre los guerreros se elegía al rey, cuyo poder pasaba al primogénito, y después á las hijas, á los hermanos y hermanas, conservándose no obstante la forma electiva. Los candidatos debían residir junto á Tébas, donde estaban las tumbas régias, y donde hacían las elecciones los guerreros y los sacerdotes, confirmandolas el pueblo. Entonces el nuevo Faraon, con gran comitiva de sacerdotes, de plebe, de guerreros y de números, era conducido junto al Nilo, donde un bucentauro lo trasladaba á la otra orilla, para hacer la entrada en palacio (3). Como descendiente de los dioses, obtenía denominaciones y honores casi divinos: hijo del sol era el título mas comun; adornaba su cabeza la mitra de Osiris, y se colocaba su estatua entre las de las deidades, por lo cual se confundieron con frecuencia hombres y dioses, y los conquistadores griegos y romanos tuvieron título y culto de inmortales.

Pero si era déspota el rey sobre el pueblo, con respecto á las castas privilegiadas debía atenerse á las leyes. Principalmente lo moderaban los sacerdotes, con reglamentos que se extendían hasta los actos mas minuciosos, á los alimentos, á la distribución de su tiempo, y á todo. Solo debían componer su corte personas de notorio mérito, y cada mañana había de entrar en el templo, donde el sumo sacerdote le dirigía un discurso acerca de las régias virtudes, demostrándole á qué males arrastran los vicios contrarios, y maldiciendo á los que extraviaban al monarca. Completado el sacrificio, se leían máximas morales, y los hechos históricos mas á propósito para estimularle á practicar las virtudes de un rey. ¿Quién no elogiará este buen uso de la religion, reguladora de la moral, y

(1) JENOFONTE, *Ciropeia*, lib. VI. c. 3.

(2) En un papiro del tiempo de Sesóstris, que se halla en el Museo de Turin, hay dibujada una gran nave, armada de todo punto, con velas desplegadas y los grumetes sobre las cuerdas. Uno de los papiros de esta preciosa colección tiene en metros 1.96 de largo, y 0.315 de ancho, con diez columnas que contienen 311 líneas. Véase *Papyri græci R. Taurinensis Musæi Egyptii, editi, atque illustrati ab AMB. PEYRON*, Turin 1826.

(3) El obispo Sinesio es un testimonio tardío, pero no se concibe por qué razón debiera mentir.

maestra de verdad allí donde esta penetra tan difícilmente?

Á la muerte del rey cesaban todos los negocios; durante sesenta y dos días todos vestían de luto; continuaban los sufragios, y se abstentaban de carne, huevos, queso y vino; y como si hubiera empezado ya el derecho de la posteridad, era llamado á rendir cuentas de su conducta á aquellos que ya habían cesado de temerlo. Estos eran los juicios de los muertos, de que tanto hablan los antiguos, y en los cuales príncipes y magistrados eran examinados antes de obtener sepultura. Un lago dividía la tierra de los vivos de la última morada de los finados, y detenido el cadáver en las orillas de aquel, le intimaba un heraldo que diese cuenta del uso que había hecho de su vida. Temor, intereses, envidia, todo enmudecía allí, y en presencia de los cuarenta jueces aparecían virtudes y vicios hasta entonces ignorados. Si el difunto había cumplido las obligaciones de su estado, se le concedían honores fúnebres; de lo contrario se le negaban; y así sabían los Egipcios sustituir las penas ideales á las reales, la ignominia á los tormentos (1). El nombre del rey que en este juicio sucumbía era borrado de los monumentos (2), y los demas eran colocados en veneradas tumbas.

En ciertas ocasiones de gran importancia convocaban los reyes á los diputados de los diferentes nomos (3), y parece que estaba destinado para semejantes asambleas el Laberinto, maravilla de la antigüedad, union de doce palacios, tan espléndidos de hermosura, que dice Herodoto no podía sostener la comparación con ellos ningun edificio de Grecia ni de Asia.

Los impuestos se fijaban cada año conforme á la elevación de las aguas del Nilo, como aun se practica (4); pero no sabemos en qué proporciones, y solo nos consta que el fisco obtenía provecho también de las minas y de la pesca.

Ocho libros de Tot, es decir, del que era tres veces grandísimo (5), constituían el código egipcio; pero las leyes citadas por los historiadores deben pertenecer á tiempos muy diversos, pues que unas son bárbaras del todo, y otras grandemente civilizadas. El adulterio se casti-

(1) En la forma de los juicios de los muertos se ve un vestigio del conocimiento que tenían los Egipcios de la otra vida, y de las retribuciones reservadas para ella. De las circunstancias que á semejante rito acompañaban, tomaron los Griegos la fábula de Caronte, Minos, la Estigia, etc. Se infiere que los Hebreos adoptaron esta costumbre de aquella expresión que se repite de los príncipes buenos: *fué colocado junto á sus antepasados*. Flavio Josefo (*Antig. Judæicas*, XIII. 230) escribe que este uso se conservaba aun en tiempo de los Asmoneos.

(2) Tal debería ser el que está representado en el bellissimo coloso del museo egipcio de Turin.

(3) El número de estos nomos no era fijo; en tiempo de Sesóstris ascendía á 36.

(4) Atendidas las continuas variaciones producidas por el río, se distribuye hoy el impuesto por cantones y no por cabezas. V. REYNIER, *Economie politique de l'Égypte*. Pueden verse acerca de las alternativas que ha experimentado la propiedad en Egipto hasta nuestra época, las disertaciones de Silvestre de Sacy en las *Mémoires de l'Institut de France*, t. IV y V.

(5) Mercurio Trismegisto.

gaba con mil latigazos, y á la adúltera se le cortaba la nariz: al falso acusador se le imponía la pena que hubiera correspondido al calumniado; al falsificador de escritos y monedas se le cortaba la mano; el homicidio tenía pena de la vida, aun cuando recayese en un esclavo; y era igualado al homicida quien pudiendo salvar á otro acometido, no lo hacía. El que conocía á un homicida debía denunciarlo, bajo pena de azotes, y la ciudad mas próxima al lugar en que se cometía un asesinato, estaba obligada á tributar al muerto dispendiosas exequias (1), á fin de que cuidase de guardar bien los caminos. El padre que mataba á un hijo, era condenado á tener abrazado tres días su cadáver; y esta pena muestra cuán lejana estaba aquella legislación de conceder el derecho de sangre á los progenitores, y cuánto estimaba la fuerza de los afectos. La mujer que estaba en cinta no sufría el suplicio hasta despues del parto. La nota de infamia castigaba al soldado cobarde. Cada cual estaba obligado á dar cuenta de cómo ganaba su sustento, y el ocio era castigado de muerte; pena exorbitante en un buen reglamento, y de la cual nos hace dudar la otra narración, que afirma haber abolido Sabacon la pena capital, erigiendo para los culpados una ciudad de malhechores, nombre feo que disminuye el mérito de una institución digna de ser imitada. El deudor afianzaba con sus bienes, pero no con su persona; y Asíquis inventó el medio de obligar su fe, determinando que diese en prenda el cadáver de su padre: gran lazo para un pueblo que tanto santificaba la religion de los muertos.

Refiere Diodoro, que estaban organizados de tal modo los ladrones, que depositaban los robos en poder de un jefe, al cual recurrían los robados, pudiendo recuperar sus efectos por una cuarta parte de su valor. Quizá lo estipulara así algun pacto que los Egipcios hicieran con los Árabes beduinos, hombres rapaces é ignorantes de todo derecho de gentes (2).

La justicia se administraba por los sacerdotes, treinta de los cuales, entresacados de Tébas, Heliópolis y Ménfis, capitales de las tres divisiones del Egipto, y espléndidamente remunerados, formaban un tribunal superior. Al entrar en el ejercicio de sus cargos, juraban no obedecer al rey cuando preceptuase una injusticia; de su gremio elegían un presidente, que se ponía al cuello una cadena de oro con la imagen de la diosa Saté ó la verdad; y despues de pesar las razones del pleito, que debían exponerse por escrito, para evitar los atractivos de la elocuencia, volvía aquella imagen hácia la parte que juzgaba vencedora.

En presencia de los elogios prodigados á los Egipcios, ¿qué pensar de un gobierno en que un Faraon medita *oprimir sabiamente* á un pueblo refugiado, y que no pudiendo anonadarlo por medio de enormes fatigas, ordena que sean

(1) Rito conservado en la legislación hebrea.

(2) Reynier afirma, sin embargo, que aun ahora los ladrones del Cairo, tienen un jefe á quien se dirigen los robados.

degollados todos los recién nacidos? ¿qué pensar de un país en el cual no solo hay vencedores y vencidos, sino que se hallan de una parte dominadores ilustrados, y de la otra siervos ignorantes y brutales?

Las leyes, pues, aun en aquello que tenían de buenas, solo aprovechaban á unos pocos, es decir, á las castas dominadoras; el resto de la población no tenía propiedad, ni por tanto, derecho civil. Probablemente no trabajaban los artífices y los negociantes sino en beneficio de las castas privilegiadas. Dijeron los Griegos que cada uno estaba obligado á profesar el arte de su padre; pero acaso aplicaron á los demas sus propias ideas, explicando así que no se podía salir de la casta peculiar de cada cual, cuya inmutabilidad era el fundamento del Estado (1). Seguramente era muy vivo el comercio en Egipto, pues que no lo arruinaron tantas desventuras, compensadas también en parte por las ventajas naturales de la posición del país. De aquí las inmensas riquezas de los templos, en donde reuniéndose un pueblo entero con ocasión de los panegíricos, se multiplicaban los negocios; de allí partían caminos para Etiopía y Meroe; otros descendían hácia el mar, donde encontraban naves; otros penetraban hasta el Níger, ó se dirigían á Cartago y á la Fenicia, ó bien se extendían hasta la Armenia, el Cáucaso, Babilonia, Palmira, y Bactra. Además, las telas y piedras de la India, y por fin, algunos vasos y otras preciosidades chinas que encontramos en sus sepulcros, nos hacen presumir que peregrinaban hasta países tan remotos. El rey Amasis abrió despues el Nilo á los Griegos, asignándoles terrenos, en los cuales construyeron un templo y dieron grande impulso al comercio, si bien con daño moral del país, porque su constitución se fundaba, como en general la de los Estados de la mas remota antigüedad, sobre las costumbres patrias que los legisladores procuraban conservar, juntamente con el odio á los extranjeros. Por consideraciones higiénicas, no ménos que por distinguirse de los demas pueblos, usaban los Egipcios la circuncisión; no se sentaban jamás á la mesa con los extraños, ni se servían de cuchillo que por los extranjeros hubiese sido trabajado. De ahí el aborrecimiento hácia las tribus israelitas errantes entre ellos, que siempre permanecieron completamente separadas del resto de los habitantes.

Atentos á rechazar el Mediterráneo, lo consideraron como un enemigo; situaban á Occidente

(1) Sin embargo, también en la sociedad patriarcal hallamos conservadas las artes hereditariamente. En el lib. IV del Génesis Jabel es « padre de los que viven en las tierras y son pastores; » Jubal « de los que tocaban la lira y el órgano; » Tubalcain « enseñó á todos los obreros de cobre y de hierro. » Estrabon (l. XV) dice que en la Arabia Feliz estaba distribuido el pueblo en cinco órdenes: el uno de los combatientes; el otro de los labradores y los que conducían el grano á los demas; el tercero de los mecánicos y artistas; el cuarto de los conductores de la mirra; el quinto de los que trasportaban el incienso, la casia, el cinamomo y el nardo. Estas profesiones subsistían siempre conforme se habían ejercido por los antepasados.

Otras castas.

Comercio

los países consagrados á la muerte y al eterno descanso, y el dominio de los dioses infernales; y mas lejos, en los arenales de la Libia, los genios maléficos y Tifon. Por no traficar directamente, preferían servirse de las bordas incultas, trasformándolas en caravanas; pero en la Historia no ménos que en los monumentos está desmentido el odio que se ha supuesto tenían al mar: ántes bien los Alejandrinos, que debían la vida y la prosperidad al tráfico, pusieron el imperio de los mares en las manos de Isis.

Daban principalmente materia á cambios las cosechas, las cuales eran tan abundantes, que la de un año proveía al Egipto de cuanto pudiera consumir en tres. Tenían pocos montes, y hasta muy tarde no tuvieron viñas; criaban caballos; sabían sacar pollos artificialmente; tejían su biso, ó sea el lino, y fabricaban vasijas de barro ligerísimas para refrescar el agua, de forma elegante y con hermosos cuanto brillantes barnices (1). Era producción especial del Egipto el papiro, del cual se formaba el papel tan usado por los antiguos (2).

Los Egipcios pintaron sobre las tumbas sus quehaceres domésticos, de tal suerte que de ellas podemos sacar una historia de su vida interior, y de los oficios en que se ejercitaban. El vulgo vestía una túnica de lino corta, llamada *calasiris*, ceñida por la parte superior, alguna vez con mangas cortas guarnecidas de franjas: llevaba calzado de papiro ó de cuero, la cabeza descubierta, la cabellera rizada, y en alguna ocasion un manto de lana, que se quitaba para entrar en el templo. Las mujeres usaban anchos vestidos de lino y de algodón, con grandes mangas de un solo color, muy cuidados los cabellos, cintas, anillos y pendientes; salían con la cara descubierta, y las acompañaban esclavos con largos trajes rayados. Los ricos iban en palanquines y en carros de dos caballos, precedidos de dos lacayos y seguidos de otros criados que conducían un asiento, y cuanto el amo pudiera necesitar en el camino. Jugaban á las damas, y los niños á la morra, á la pelota y á toda clase de ejercicios de fuerza: combates de toros, cazas de hiena, bufones y enanos eran los placeres del vulgo. Pinturas al fresco, muebles de maderas extrañas, dorados, embutidos, esteras y tapices, vasos de elegante trabajo, vidrios pintados, distinguían las casas de los ricos, edificadas con diferentes pisos, y con un jardín cuadrado, ceñido de empalizada, entre palmeras,

(1) Le llaman *Qouleh*, y consiste su secreto en mezclar á la arcilla sal común; esta se deslie con el agua, y el barro resulta poroso.

(2) Lo describimos en la ARQUEOLOGÍA. No es esta caña producción exclusiva del Egipto, pues también la hay en la Abisinia, en la Nubia, en la Caldea, en la India y en la Sicilia, especialmente cerca del arroyo de Ciano, inmediato á Siracusa. V. BARTELLS, *Briefe über Kalabrien und Sicilien*. T. III. p. 50.

Trataron extensamente del papiro GUILANDINO, *Papyrus, etc.*, Venecia 1572, y DUREAU DE LA MALLE en la Academia de Francia, 1833. El Egipto hacía con la raíz bebidas, con la caña instrumentos pequeños y hasta canoas, y con la parte secalenta un alimento.

enrejados, fuentes y pabellones en los que se bailaba, se gozaba de la música, y se distraía la imaginación con varios juegos. Al entrar los convidados al banquete, un esclavo les quitaba las sandalias, y otros llevaban agua y perfumes; después se sentaban separados de las mujeres, y concluida la ablución recibían una flor de loto ó una guirnalda. No usaban los triclinios de los Romanos, sino sillas, escaños, sillones, sofás como nosotros, y en cada uno de estos se sentaban dos. Les servían vino, refrescos, vaca, patos, pescado, caza, legumbres, frutas, y todo lo partían con los dedos.

No era por lo general hermosa la raza que habitaba el Egipto, pero se equivoca quien la crea negra. Ciertamente era oscuro el color de las clases inferiores (1); pero era blanco el de las superiores, lo cual unido á las observaciones hechas en los cráneos, confirma la idea de que las diversas castas provenían de los pueblos diversos que vinieron á este país sucesivamente. La misma observación respecto de las momias confirmó el aserto de Herodoto relativamente á la robusta salud de que gozaban los Egipcios (2), la cual debían probablemente á la sobriedad que los distinguía entre los antiguos, y que estaba sancionada por la religion. Los sacerdotes principalmente debían ofrecer ejemplo de templanza, y no dormían sino en camas de hojas de palmera, aun cuando Roma exportaba de Egipto mullidos colchones de pluma de anasar. Sin embargo, refieren otros que hácia la mitad de los banquetes sacaban un feretro, ó para hablar con mas exactitud, uno de los estuches en donde metían sus momias, y lo paseaban alrededor de los convidados, diciendo á cada uno: *Bebe y goza ántes que seas como este*.

Atribuían á Manes la institucion del matrimonio; lo cual quiere decir que la colonia educadora comenzó á civilizar el país por lo que es el fundamento de toda sociedad, la estabilidad del consorcio. Contraían matrimonio con las primas y las cuñadas que se quedaban viudas sin sucesion, como lo hicieron los Hebreos y como aun lo practican los Coftos: pero solo en tiempos posteriores introdujo la dinastía macedonia las uniones entre los hermanos. Era tolerada la poligamia, aunque no entre los sacerdotes, quienes probablemente conservaron de las antiguas tradiciones mas justas ideas de aquel vinculo sagrado. Se custodiaba la belleza en los serrallos; habia personas encargadas de proveerlos, y á tal poder se elevaron los eunucos, que su nombre llegó á ser sinónimo de ministro. Eunuco del Faraon era Putifar, el amo de José, y apenas llegó Abrahán á Egipto, dijeron al Faraon que llevaba consigo una mujer

(1) Eustacio en los comentarios á la Odisea, Δ, dice que se llamaba *ἐγυπτιάζειν* el ser bronceado por el sol. Aristóteles añade que los Egipcios tenían el hueso de las piernas algo corvo y hácia fuera. *Probl. sect. XIV*. La momia del instituto de Bolonia tiene once palmos de altura; y Pausánias, I. 86, dice que eran de estatura muy elevada.

(2) Radzivil observó infinitas momias, y ninguna tenía en mal estado los dientes. *Peregrinaciones*, pág. 490.

hermosísima, la cual fué conducida al harem, tratándose con gran cortesía al supuesto hermano.

Se dice que los Egipcios eran un modelo de gratitud y de reverencia filial; pero legalmente solo las hijas estaban obligadas á mantener á sus ancianos progenitores. Estando confiada la defensa pública á la casta de los guerreros, los demas vivían en la mayor pereza, y si hemos de creer á Herodoto, pasaban el dia hilando, dejando abandonado el gobierno de la casa á las mujeres.

Pero la extravagancia de las costumbres egipcias, la perpétua alternativa de lo grandioso y lo mezquino, nos confirman mas y mas en la creencia de que este pueblo se formó de la mezcla de otros, diversos en opiniones y cultura. La política egipcia consistía en mantener cada uno tenazmente sus propios usos; destino comun á otros muchos pueblos asiáticos, que conservan y no perfeccionan y que presentan desde su origen preciosos gérmenes de verdad, y jamas los maduran.

Esta mezcla aparece todavía mas patente cuando se examinan la religion y la doctrina de los Egipcios.

CAPÍTULO XXI.

Ciencias de los primeros pueblos y especialmente de los Egipcios.

Pitágoras, Homero, Platon, Licurgo y Solon fueron á buscar á Egipto la ciencia; Moises fué instruido en toda la sabiduría de los Egipcios (1); los Órficos y los Pitagóricos, civilizadores de las dos Grecias, nada mejor supieron que trasladar á sus sociedades las instituciones egipcias; del Nilo venia Cecrops, fundador de la ciudad mas culta de Grecia, á la cual se confiesa dadora la Europa de su saber, y el oráculo declaró que los Egipcios eran el pueblo mas sabio del mundo. Y sin embargo, ¡qué carencia de los conocimientos mas sencillos! ¡cuánta supersticion en gentes que adoraban las cebollas nacidas en sus huertos! ¡cuánta grosería en reyes que para encontrar dinero á fin de alzar pirámides, sacan al mercado la honestidad de sus propias hijas! ¡Cómo poner de acuerdo tan graves contradicciones (2)?

Jamas podrá ser la ciencia útil á la generalidad ni francamente progresiva, mientras constituya el privilegio y el secreto de una corporacion. Ahora bien, entre los pueblos antiguos el saber era patrimonio exclusivo de los sacerdotes, entre los cuales tasadamente se repartía.

Pero ellos mismos, ¿de dónde lo habían obtenido?

Objeto de maravilla es que apenas aparece en la Historia la estirpe humana, abunde en

(1) *Act. Apost.* VII. 22.

(2) Respecto á la sabiduría de los Egipcios el mas opuesto juicio lo suministran entre los modernos WOODWARD, *Arqueología*, vol. I. pág. 212, y SCHLOSSER, *Weltgeschichte*, I. 18.

tantos conocimientos; que sepa cultivar los campos con instrumentos diferentes; que domine á los animales; que haga el pan, el vino y el aceite: que teja, cosa y borde; que fabrique el vidrio, pesque el coral, extraiga los minerales de la tierra y labre los diamantes. La estatuaría, la arquitectura, la música, el baile, la fusion de los metales, el sistema de las pesas, medidas y monedas, los sellos, la cronología, la aritmética y la escritura se hallan recordadas en las tradiciones mas remotas, en las cuales encontramos tambien mencionados culto, leyes, tribunales, contratos y castigos.

Hay mas: conocimientos que pudieran pasar como de mera curiosidad, á los cuales no era conducido el hombre por la necesidad, y que requerían observaciones de largos siglos, muy finos instrumentos, y precision de cálculo, los posee ya la humanidad desde su infancia. Podían advertirle que la tierra era esférica, el aparente movimiento diario de los astros, la sombra circular proyectada sobre la luna en los eclipses, y la superficie convexa del mar: pero ¿de dónde dedujo las dimensiones de nuestro planeta? Y sin embargo, sobre estas se fundaron los sistemas de medidas del Egipto y del Asia. El período de 19 años conservado todavía con el título de *número áureo*, era conocido de los Egipcios; era comun á los Asiáticos el de 60 años, y los Caldeos usaron el de 600 (1). Los Egipcios conocieron igualmente la esfera, el gnomon, la division del tiempo en semanas, los eclipses terrestres y lunares, así como la excentricidad de los cometas; y aunque desprovistos de telescopios, supieron que la via láctea es solamente una agregacion de estrellas; y los lados de su mayor pirámide miran precisamente á los puntos cardinales. Así es que Chemchid fundó á Persépolis el dia en que el sol entraba en Áries y principiaba un período astronómico; astrónomo era tambien Fo-hi, fundador del imperio chino.

Quando vemos á un niño de diez años saber no solamente alimentarse y evitar los peligros, sino traducir ademas en sonidos sus propias ideas, trasmitirlas con palabras, darles estabilidad por medio de la escritura, descomponiendo todo el humano saber en veinte y cuatro letras, diez cifras y siete notas musicales, no es forzoso creer que fué educado por quien ya sabía, y que había recibido sus conocimientos de la tradicion. No me parece que pueda deducirse otra conclusion de la ciencia de los primeros pueblos. Suponerla, con Bailly y Romagnosi, trasmitida por una gente mas antigua, solo es alejar la dificultad. Nosotros opinamos que fué un resto de la ciencia de los primeros hombres, ilustrados por la vision de Dios, y abandonaremos esta opinion cuando se nos presente otra mas racional. Entretanto, nos confirma en la

(1) Delambre (tom. I, p. 3) demuestra que Cassini y Bailly supusieron que fué conocido por los patriarcas el período lunar de 600 años, solo por una interpretacion viciosa de un pasaje de Josefo.